

OPINIÓN → JORGE GRUNBERG

Cómo evitar caer en la trampa

Sucesivos años de crecimiento nos han creado a los uruguayos la expectativa de transformarnos en un país desarrollado. Esta es una esperanza legítima y una posibilidad real, pero no será posible sin realizar cambios importantes en nuestra cultura y en nuestra conducta como sociedad. La evidencia histórica y las tendencias presentes sugieren que estamos cayendo en la conocida "trampa de los ingresos medios". Este es el estado en que quedan estancados los países que dejan de ser "pobres" (de bajos ingresos) pero no llegan a ser "ricos" (de altos ingresos).



No se han creado mecanismos que informen si las instituciones que reciben fondos públicos cumplen sus objetivos,

Muchos países pobres llegan a tener ingresos medios produciendo bienes y servicios poco sofisticados en base a sueldos bajos y a la disponibilidad de recursos naturales. Pero cuando estas ventajas disminuyen frente a otros países más pobres y con más recursos naturales, el progreso se estanca si el país no desarrolla las instituciones, la infraestructura, la tecnología y el capital humano para producir bienes y servicios más sofisticados y de mayor valor. En algunos casos, estos países que se estancan, retroceden a causa de crisis políticas, sociales o económicas creadas por las expectativas de prosperidad incumplidas.

Nuestro país está cayendo en esta "trampa de los ingresos medios" porque nos estamos volviendo demasiado costosos como para exportar productos baratos pero no tenemos suficientes capacidades para producir productos sofisticados. Una década después de la crisis de 2002, somos colectivamente más ricos pero menos educados. Solo un reducido grupo de países en las últimas décadas logró evitar esta trampa y transformarse en prósperos, y eso requirió consensos nacionales, visión estratégica y políticas de largo plazo. Finlandia, Corea del Sur, Israel, Nueva Zelanda y Taiwán son ejemplos relevantes en cuanto a que son países de tamaño comparable al

nuestro. En estos países existe intensa competencia política, alternancia en el gobierno y desafíos externos importantes. Sin embargo, el consenso nacional sobre los objetivos estratégicos permite que el progreso en los asuntos esenciales como la educación no se altere por las coyunturas del momento. En nuestro país no hemos logrado consensos, no existe una visión estratégica compartida ni políticas de largo plazo (cuando existen políticas reconocibles como tales raramente trascienden el período de gobierno y en general no trascienden al jerarca de turno). Existen "preocupaciones" comunes (como la educación o la inseguridad) y se discuten y anuncian "acuerdos" en torno a esas preocupaciones. Pero estos acuerdos parecen más expresiones de deseos que afirmaciones de voluntad de cambio, muy pocos se convierten en planes y aun menos se ejecutan.

A pesar de que esos países exitosos difieren mucho entre sí y con nosotros en su historia y en su cultura, sus estrategias de desarrollo tienen denominadores comunes. El principal es que se transformaron en productores de bienes y servicios cada vez más sofisticados y con mayor valor, como parte de industrias y sectores nuevos o potenciando la producción basada en recursos naturales o industriales ya existente. La tendencia reciente de nuestro país es la contraria, una proporción creciente de nuestras exportaciones se basan en recursos naturales y es mínima e incluso decreciente la de alto contenido tecnológico.

Un requisito necesario para transformarnos en un productor de bienes y servicios con alto contenido de tecnología y conocimiento es lograr una mejora cualitativa de nuestro sistema educativo desde la primaria hasta la universidad, incluyendo las áreas más deficitarias, como la educación técnica, los posgrados y la actualización permanente. Todas las evaluaciones locales e internacionales confirman desde hace años que nuestro sistema educativo no está mejorando en ningún nivel y en muchos de ellos está en su peor momento histórico.

Nuestro país no carece de capacidades. Por ejemplo, fuimos capaces de crear la Agencia Nacional de Investigación e Innovación que desafió muchos preconceptos históricos y puso a la innovación tecnológica en el centro de la discusión productiva.

Sin embargo en el sistema educativo, con excepción del Plan Ceibal, ningún proyecto innovador se ha implementado en décadas. En el campo de la formación de técnicos que es esencial a la modernización, la única innovación que se anuncia es transformar al Consejo de Educación Técnico Profesional en un ente autónomo, un cambio que probablemente agrave sus problemas de funcionamiento. No se ha incorporado tecnología para la gestión ni para la enseñanza, por ejemplo para la educación a distancia que sería de valor incalculable en un país donde la mitad de la población vive lejos de cualquier universidad. Los programas de enseñanza de inglés se cierran o disminuyen porque no hay capacidad para ampliarlos y profundizarlos. En un país que construye torres de lujo en tiempo récord y que reemplazó un aeropuerto vetusto por otro ultramoderno, no podemos aceptar que los programas de construcción y mantenimiento de escuelas y liceos zozobren a pesar de contar con los presupuestos más altos de la historia.

No se han creado mecanismos de rendición de cuentas que informen a la sociedad si las instituciones que reciben fondos públicos para educar cumplen sus objetivos, ni sistemas de seguimiento académico individual sistemático de los alumnos. Si un ciudadano omite (o parece que omite) pagar un impuesto tendrá una intensa atención del Estado (algo legal y legítimo). Pero miles de ciudadanos estudiantes abandonan sus estudios sin que nadie sepa quiénes son ni por qué desertaron, y sin que nadie los convoque para brindarles el apoyo que necesitan para continuar. Una sociedad que hace el seguimiento de evasores con todo el poder del Estado pero deja el seguimiento de sus alumnos desatendido, no se está preparando para un futuro promisorio.

Lo más preocupante no es que no exista un consenso para realizar cambios imprescindibles, lo más preocupante es que existe entre los sectores más poderosos de la educación un consenso en contra de hacerlos. Tenemos la posibilidad histórica de transformar este período de crecimiento en la plataforma para alcanzar nuestra aspiración de prosperidad nacional, pero esto requiere consensos y voluntad de cambio de largo plazo. En caso contrario esta década será otra oportunidad perdida.